


# Un alma cándida

ELIZABETH TAYLOR

Traducción de Ana Bustelo

gatopardo ediciones 

Título original: *The Soul of Kindness*  
Copyright © Elizabeth Taylor, 1964

© de la traducción: Ana Bustelo, 2018  
© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2018  
Rambla de Catalunya, 131, 1<sup>o</sup>-1<sup>a</sup>  
08008 Barcelona (España)  
info@gatopardoediciones.es  
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: junio de 2018  
Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta:  
Fotografía de George Marks / iStock by Getty Images  
Imagen de interior:  
Estanque Widmer, en Penn, Buckinghamshire, Inglaterra  
Fotografía de Hugh Mothersole, bajo licencia CC BY-SA

ISBN 978-84-17109-52-3  
Depósito legal: B1664-2018  
Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Vista del estanque Widmer, en Penn, Buckinghamshire (Inglaterra), donde Elizabeth Taylor pasó la mayor parte de su vida.



## CAPÍTULO 1

Hacia el final del discurso del novio, la novia se hizo a un lado y, por una abertura que había en la carpa, comenzó a arrojar migas de la tarta de boda a las palomas que había fuera. Lo hizo algo abstraída, y empezaron a llegar más palomas, que desde su casa de madera aterrizaron sobre los establos. Causó un ligero y divertido revuelo entre los invitados, pero ella no se dio cuenta. Su marido se sintió avergonzado y pensó que era demasiado pronto en su vida de casados como para sentirse así; pero de eso ella tampoco se dio cuenta.

Hacía un día precioso. La semana anterior, los amigos habían prometido a Flora y a su madre que rezarían para que hiciera bueno, y Flora había sonreído sin pensar, una sonrisa lánguida, como si la idea de un chaparrón en septiembre fuera completamente absurda. Los rayos de sol entraban por las ranuras de la carpa e incluso brillaban a través de la lona. El arrullo de las palomas se mezcló con la perorata de Richard. Se le habían subido un poco los colores, por la importancia del día, por su protagonismo y por la poca atención que le prestaba su esposa. Entonces, justo cuando estaba a punto de pronunciar las últimas palabras, ella dio un paso atrás para ponerse a su lado, y le tomó de

la mano. Estaba radiante. Eso dijeron todos poco después. «Ay —pensó Flora—, cómo os voy a echar de menos. ¡Mis palomas!»

Qué novia tan bella, tan alta y tan rubia, pensó su madre. Las novias rubias son las mejores. Era como si la hubiera tenido —querida Flora— sólo para esta maravillosa ocasión, y todo lo sucedido entre su nacimiento y el momento presente hubiera quedado olvidado; sólo contaban los dos triunfos. Incluso hoy era capaz de oír claramente a la hermana Willett decir: «Es una niña adorable». Y «¡qué chica tan encantadora!», decían todos los vecinos esa tarde. Flora de blanco. Había nacido para ser una novia. La señora Secretan se consoló: «No hay ninguna madre que considere que un joven es lo suficientemente bueno para su niña».

Las damas de honor bajaron la mirada hacia sus copas de champán, mientras sonreían tímidamente ante los elogios del padrino, y el tono de la conversación subió de nuevo, por el efecto que producía la altura de la carpa y sus finas paredes. La señora Secretan se paseó entre los invitados. «Es bonito el vestido, ¿verdad?» «No, no voy a llorar. Tan, tan *agitato* en la iglesia y tan, tan feliz aquí.» Era viuda, lo había sido durante mucho tiempo y ahora se enfrentaba a la soledad. Sus amigas seguían esperando que derramara alguna lágrima. La vieron acercarse al padre de Richard —un viudo—, y a algunas se les pasó una idea por la cabeza, ya que de una boda sale otra boda, como se suele decir. La mayoría no sabía que la amante del señor Quartermaine se encontraba allí, entre ellos. Se llamaba Barbara Goldman, y era una mujer inteligente, de mediana edad, que en aquel momento estaba hablando con Richard. Parece su madrina, pensaron algunos.

—Deberían estar cambiándose —dijo el señor Quartermaine, alargando el brazo por encima de su gran tripa para buscar un reloj.

La señora Secretan reparó en que al clavel del señor Quartermaine se le veía el cáliz. Apartó la mirada rápidamente, como si fuera algo vergonzoso, parecido a llevar los botones del pantalón desabrochados. Si había alguien que pudiera arruinar la boda, era él, había pensado una y otra vez en las últimas semanas. Como parte de su celosa organización de los preparativos, había pedido a varios de los testigos —primos, porque Flora era hija única— que estuvieran pendientes de que no bebiera demasiado, y le había encargado a su propio hermano que lo mantuviera lo más alejado posible de Barbara Goldman —a quien no había querido invitar—, por temor a que la llamara «Ba» o «Barbarita», y le diera una palmada en el trasero.

Con ese entusiasmo desorbitado que tenía por los detalles, la señora Secretan había previsto todos los posibles desastres. En mitad de la noche, se imaginaba que una avispa picaba a Flora en la nariz minutos antes de partir hacia la iglesia, de modo que obligó al jardinero a buscar y deshacerse de toda la fruta que hubiera caído en el jardín, y fue la propia señora Secretan quien fabricó una docena o más de trampas con mermelada y las colocó alrededor de la casa. Tomó precauciones contra posibles infecciones, contra la fatiga y la ansiedad; pero pocas precauciones se podían tomar contra el padre del novio. Hizo todo lo que pudo.

Él era tan grande y la señora Secretan tan pequeña —mucho más que su hija—, que fue un triunfo cuando ésta logró colocarse entre él y un camarero que llevaba el champán. Una copa menos, pensó. Cada pequeño gesto ayuda, era un consejo que daba constantemente.

—¿Dónde está Ba? —preguntó Percy—. Estoy harto de mis parientes. Hacen que me sienta viejo. Ese hijo mío ha hecho un discurso demasiado largo. Debería haberse dado cuenta de que la gente se estaba impacientando, que-

rían volver a llenar sus copas. —Elevó la suya, que estaba vacía—. Hasta Flora se ha aburrido y se ha puesto a dar de comer a las palomas.

—Pero, en realidad, eran palomas blancas —dijo la señora Secretan.

—Bueno, va a tener que acostumbrarse a oír mucho más. Somos todos excelentes conversadores. —Había albergado la esperanza de hacer un discurso y, como nadie se lo había pedido, le dijo a su anfitriona que era una costumbre pasada de moda—. Pasada de moda —repitió—. Y burguesa. Ah, aquí está Flora, fresca como una rosa.

Le parecía una chica pasmada. No muy brillante, pero maleable.

—Cariño, te has derramado algo por el pecho —dijo la señora Secretan.

—No importa. Me voy a cambiar ahora.

El padrino había echado un vistazo a su reloj y le había murmurado algo a la dama de honor. La señora Secretan había organizado el orden del día con mucha antelación.

—Deja que te mire una vez más —susurró, y extendió el brazo, para poder verla con un poco de distancia. Cuando volvió a darse la vuelta, Percy Quartermaine caminaba entre los sombreros de flores en busca de un poco más de champán: y entonces, para su asombro, observó cómo éste ponía algo en la mano de un camarero. Siguió yendo de aquí para allá, sonriendo alegremente a derecha e izquierda, con el fin de alcanzar a su hermano y advertirle de lo que acababa de ver.

Flora y su amiga, Meg Driscoll, salieron de la carpa como si estuvieran haciendo una travesura y corrieron por el césped hasta la casa. Con la cola del vestido enroscada en el brazo, Flora corrió entre las palomas, mientras les hablaba y se reía.



—¡Ay! ¡Tú y las palomas! —dijo un niño. Era el hermano pequeño de Meg, que las seguía con una cámara de fotos—. ¡Tú y las palomas, por favor!

Flora soltó el vestido, se dio la vuelta y alargó un brazo a la espera de que una paloma se posara sobre la punta de sus dedos.

—Es un símbolo, ¿no? —preguntó Meg, mientras se apartaba para no salir en la fotografía.

—¡Antes de que salga volando! —dijo Kit, el niño, sin aliento al ver que se posaba una sobre sus dedos. Miró por el visor de la cámara.

—No va a salir volando —dijo Flora.

—Novia con palomas —dijo Meg—. Debería ser la mejor foto de todas, salvo que el novio no aparece.

Hizo la foto, la paloma echó a volar dulcemente y Flora y Meg entraron en la casa seguidas de Kit.

—No tenía ni idea de que a los niños les interesaran las novias y las bodas —dijo Flora por encima del hombro. Luego, a punto ya de entrar por las puertas de cristal que daban al salón, se volvió para despedirse. Él se acercó demasiado, pisó la cola del vestido, y, cuando ella se dio la vuelta, se rompió.

—¡Ay, Kit! —gritó Meg—. Pero ¿por qué demonios nos estás siguiendo?

Bajó la cabeza con tristeza, su rostro pecoso se puso de color rojo, ahogado por la humillación y la vergüenza. Pero, para su sorpresa, Flora le puso una mano en el hombro y comenzó a reír.

—En un minuto me voy a quitar esto para siempre. Puedes romperlo en pedazos, no me importará.

—Vamos, hay que darse prisa —dijo Meg tomando el brazo de Flora.

A pesar de los esfuerzos de la señora Secretan, iban con retraso; y Flora, que había estado demasiado tiempo

colocándose el velo, había llegado ya veinte minutos tarde a la iglesia. Ahora a Meg le dio la sensación de que el día transcurría con lentitud.

—Te enviaré la foto —dijo Kit. Levantó la cabeza y miró a Flora.

La emoción lo embargaba, pero se rindió a ella porque sabía que lo recordaría más tarde. Soportó esa vergüenza a cambio de tener algo a lo que agarrarse más adelante, algo a lo que recurrir durante los oscuros domingos del último trimestre de otoño en la escuela, los peores días; algo que era mejor que la fotografía, no importaba cómo saliese ésta. Mientras se alejaba de Flora (porque ella se había vuelto para seguir a Meg), el momento se había convertido en un recuerdo, y él estaba elaborándolo, prolongándolo, haciéndola sonreír de una forma más íntima, menos vaga. Richard, su esposo, a menudo había hecho lo mismo.

—¡Querida, ven! ¡Flora, vamos! —gritó Meg desde lo alto de la escalera.

Se había adelantado hasta el dormitorio de Flora para asegurarse de que todo estaba listo. En la escuela, Meg había sido la amiga niñera, ya que desde el día que llegó Flora, la labor de la señora Secretan —la adoración, la sobreprotección— no podía interrumpirse de golpe. Alguien debía continuar. «¿Qué hago con esto?» «¿Adónde voy ahora?» Eran preguntas que alguien tenía que responder. Meg no estaba de acuerdo con la educación consentida que aplicaba la señora Secretan, pero se dio cuenta de que sería perjudicial si se terminaba de forma abrupta, igual que dejar una orquídea en el exterior cuando cae una helada o privar a un alcohólico de bebida de forma repentina. Había intentado —era así de buena— introducir reformas de manera gradual, pero Flora las ignoró, porque no sabía que hubiera necesidad alguna de valerse por sí misma, ni siquiera era consciente de que no lo estuviera haciendo.

Sin embargo, ahora se enfrentaría a la dura realidad, y Meg temía por ella. A veces intentaba que atisbara gestos de traición y avaricia, y Flora respondía: «Nadie haría algo así», y sonreía con indulgencia a esa amiga que era capaz de imaginar cosas tan desagradables. Ahora ellas —Meg y la señora Secretan— habían entregado a Richard su preciosa carga, y Meg, desde luego, estaba nerviosa.

—Aquí estoy. Estoy aquí —dijo Flora con su voz aguda y cantarina, mientras se acercaba por el pasillo.

Los invitados —Flora estaba observándolos desde la ventana— habían salido de la carpa y deambulaban por el jardín; se detenían a leer las etiquetas de los rosales o se quedaban de pie, como hipnotizados, junto a los lechos de dalias. Por fin Flora estuvo casi vestida, y una doncella llamó a la puerta para avisar de que el novio la aguardaba en el vestíbulo. Meg bajó las escaleras para calmarlo con mensajes optimistas, a los que él se limitó a responder echándole un vistazo a su reloj. No dejaba de pensar: a ver si logro alejarla de aquí de una vez. Había sido un día de locos y todo su afán era escapar y marcharse solo con Flora, quizá más tarde detenerse en algún lugar para tomar una copa con calma. En su cabeza resonaba el constante parloteo.

Cuando Meg regresó a la habitación encontró a Flora vestida del todo, aunque sin guantes, sentada a su escritorio escribiendo una carta. Estaba llorando. No fue el estado emocional de Flora —era de lágrima fácil— lo que preocupó a Meg, sino que pusiera en peligro su aspecto, del que ella se sentía responsable.

—Pero ¿qué haces? —preguntó. Cerró la puerta y se acercó a Flora rápidamente.

—Estoy escribiendo una notita para mamá. La voy a dejar aquí y la encontrará cuando me haya ido. Tengo tanto miedo de que me eche de menos...

—Naturalmente que te echará de menos. Pero es una mujer sensata... —dijo Meg. ¡Ojalá lo fuera!, pensó. ¡Ojalá lo hubiera sido siempre!—. No puedes bajar con la cara bañada en lágrimas, sobre todo después de lo que has tardado. La gente pensará que tienes dudas.

—No pueden pensar eso —respondió Flora, sonriendo y secándose los ojos—. ¿Cómo iba a tener dudas sobre Richard?

—Está ahí, mirando la hora.

—Bueno, pues ya no tiene que esperar más —cerró el sobre y se levantó.

—Guantes —dijo Meg mientras se los lanzaba.

—Voy a extrañar todo esto —dijo Flora, echando un vistazo a la habitación.

—¡En marcha! —dijo Meg, y corrió a abrir la puerta.

—Gracias, Meg. No sólo hoy; gracias por todo, siempre.

—¡En marcha! —dijo Meg otra vez. Se había percatado del llanto contenido y del sentimentalismo, que sabía que eran contagiosos.

—¡Aquí estoy! —exclamó Flora a Richard mientras bajaba las escaleras.

Por un instante, Meg se sintió traicionada. De repente cayó en la cuenta de que Flora siempre decía eso, y que lo hacía en el mismo tono en que uno da un regalo maravilloso. Era la propia Flora quien se entregaba.

—Ya se van —dijo alguien en el jardín, y empezó a correrse la voz.

La emoción fue en aumento (se produjo una hilaridad casi febril) cuando se despidieron. Kit tomó más fotografías. Todos observaron el abrazo entre madre e hija. Luego la pareja se alejó, nadie sabía adónde se dirigían, y los invitados comenzaron a dispersarse.

Cuando ya se habían marchado los invitados, la señora Secretan fue a la habitación de Flora. Meg había puesto

orden, el vestido desgarrado de novia colgaba en un armario y el velo fantasmal estaba extendido sobre la cama. La señora Secretan cogió la carta y la abrió: «Has sido la madre más maravillosa —leyó—. Tuve una infancia fantástica». Entonces, ¿debía darse por terminada? Las palabras eran como las que podrían pronunciarse en el lecho de muerte o a alguien que yace en uno. «Si Flora hubiera escrito —pensó con anhelo la señora Secretan— “Eres la madre más maravillosa”, hubiera sido algo muy distinto, parecería que todavía había un lugar para mí. Pero ahora mismo...» Recogió el velo y lo metió en un cajón, fuera de la vista. Tenía un aspecto muy triste y espectral ahí encima de la cama.

No obstante, había salido todo bien y Percy no se había emborrachado tanto. Ba había resultado ser de una eficacia inesperada a la hora de mantenerlo a raya. Se estaba poniendo el sol y caían sombras oblicuas sobre el jardín, donde la gran carpa parecía inmensa y fuera de lugar. Estaba cansada, se dijo la señora Secretan, más cansada, en todos los sentidos, de lo que había estado nunca. Tanto alboroto, tantas personas procedentes de todas partes, sólo para que Flora pudiera comenzar una nueva vida, crear su propio hogar. La señora Secretan no solía pensar en Richard si no era para desear que fuera digno de su hija o para temer que quizá no lo fuera.

Abrió la ventana y miró el césped, que presentaba un aspecto pelado y pisoteado. Más allá de la carpa y más allá de una hilera de álamos discurría el río Támesis, y se oían las voces lejanas de la gente que paseaba por el camino de sirga. Se imaginó que al ver la carpa se preguntarían para qué servía, o tal vez habían visto a Flora salir de la iglesia, quizá habían oído el repicar de las campanas y se habían detenido a mirar, sintiéndose parte de la emoción.

El verano había llegado a su fin y era preciso arrancar las dalias, que habían cumplido con su cometido por hoy.

La señora Secretan no había reparado en lo que ocurriría después de ese día, ni siquiera había imaginado que llegaría la noche. Se preguntó dónde estaría esa pareja encantadora. Había tomado la firme decisión de no presionar a Richard —porque la idea de mantener el secreto a toda costa había sido idea de él—, tal como corresponde a una suegra maravillosa, que es lo que se había propuesto ser a partir de ahora. «Ni siquiera yo lo sé», había ido diciendo, cuando la gente había preguntado por la luna de miel; pero logró que sonara como si se tratara de una astucia para preservar el secreto.

El aire olía a otoño. En poco tiempo, las densas brumas vespertinas se elevarían desde las aguas, el silencio sería total en el camino, y subiría el nivel del río; quizá habría inundaciones. Flora se instalaría en Londres y no volvería nunca más, salvo como invitada.

«Lo planifiqué todo —pensó la señora Secretan—, hasta el último detalle. Pero me olvidé de esto, me olvidé de mí misma y del futuro. Sobre todo, pasé por alto esta noche.» Volvió a leer la carta, diciéndose a sí misma que Flora lo había hecho con toda su buena intención, que estaba muy bien, pobrecilla. De hecho, siempre había tenido buenas intenciones. Se había visto claramente cuando cometió algunos de sus mayores errores.

La señora Secretan cerró la ventana y, por un momento, se detuvo con los ojos cerrados y una expresión marchita en el rostro, hermoso, aunque arrugado. Le dolía la cabeza, pero debía acicalarse para cenar con su hermano y dos viejas tías. Repasarían los acontecimientos del día y cada uno aportaría algo distinto; pero ninguna de las historias encajaría. Era demasiado parecido a un sueño.

Afuera, unos hombres andaban por el jardín. Ya habían llegado para comenzar a desmantelar la carpa.